



TOMÁS TRIGO

TRES MESES

DEL TEMOR A LA ESPERANZA

Una historia en la que la luz de la fe,
la alegría de la esperanza
y la fuerza de la amistad sincera
demuestran su poder salvador.

SEKOTIA

3^a
EDICIÓN

TOMÁS TRIGO

Tres meses

Tercera edición

SEKOTIA

© TOMÁS TRIGO, 2019

© EDITORIAL ALMUZARA, S. L., 2019

Tercera edición: enero de 2026

Reservados todos los derechos. «No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea mecánico, electrónico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.»

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

EDITORIAL SEKOTIA • COLECCIÓN NARRATIVA CON VALORES

Editor: HUMBERTO PÉREZ TOMÉ ROMÁN

www.sekotia.com

pedidos@almazaralibros.com - info@almazaralibros.com

Editorial Sekotia

Parque Logístico de Córdoba. Ctra. Palma del Río, km 4

C/8, Nave L2, nº 3. 14005 - Córdoba

Imprime: Liber Digital

ISBN: 979-13-87812-49-2

Depósito: CO-2097-2025

Hecho e impreso en España - *Made and printed in Spain*

*A mi hermana María,
que se fue al cielo en un suspiro,
la camelia blanca de abril.*

*«...illos tuos misericordes oculos ad nos converte»
«...vuelve a nosotros esos tus ojos misericordiosos»
(De la Salve Regina)*

ME LLAMO ÁNGEL CASTRO DE VILLAMAYOR. Conocí a Miguel en Santiago de Compostela una tarde-noche de noviembre de nada menos que 1972. Los dos cursábamos tercero de carrera: él Derecho y yo Historia. Nos presentó un amigo común, Jaime el comunista, en el vestíbulo del colegio mayor San Agustín, poco antes de una representación teatral. Me dijo que era de Vigo pero que solía pasar las vacaciones en un pueblo cercano a Cambados, en la casa de sus abuelos.

La obra de teatro fue inolvidable. Un grupo de universitarios aficionados se atrevió a representar *Bodas de sangre*, de García Lorca. En la asfixia política del tardofranquismo, aquella función significaba más que revivir el talento teatral de un autor fusilado en el 36.

En cuanto comenzó el primer acto, todos quedamos sorprendidos por el histerismo, desmedido y chillón, de la madre del novio. Desde la butaca de mi derecha, Miguel, perplejo, me preguntó lo que estaba en la mente de todos: «¿Van en serio o se trata de una versión bufa?».

Por respeto a los actores, y a quien había dirigido aquello, nos esforzamos en contener la risa. Pero llegó un momento en el que nadie pudo aguantar más y estallaron las carcajadas. *Bodas de sangre* se convirtió, gracias al *pathos* impertinente de los actores, en una patética comedia.

A partir de ese día, fue creciendo la amistad entre Miguel y yo.

Me caía bien. Rubio y delgado, en su modo de vestir y de comportarse se reflejaba un fondo de sincera nobleza. Era culto y divertido. En algunas ocasiones, sin embargo, su sentido del humor rezumaba acidez, y sus ojos dejaban traslucir una versión amarga de la tristeza. Tenía una capacidad intelectual extraordinaria, que le permitía obtener las mejores notas de su clase con no muchas horas de estudio.

Enseguida se unió a mi grupo de amigos, a pesar de que casi todos estudiábamos Historia. Participó con nosotros en el intento de crear una asociación cultural en la universidad, algo que, en aquellos años, equivalía a declarar que eras comunista. El proyecto acabó, como era de esperar, en un rotundo fracaso. Pero lo pasamos muy bien con nuestras reuniones «clandestinas» en el primer piso de la cafetería Mezquita, donde tenían a gala ofrecer más tipos diferentes de café que en cualquier otra cafetería de Santiago: solo, solo-solo, cortado, cortado en horizontal, cortado en vertical, y así hasta cincuenta...

Miguel vivía en un apartamento alquilado, en una calle de la parte nueva. «Mis padres tienen pasta —me dijo cuando me lo enseñó—. Sería incapaz de vivir en una pensión, y menos en un colegio mayor». Una señora se encargaba de la comida y la limpieza. A veces estudiábamos juntos en su apartamento o en la biblioteca de Filosofía, y después tomábamos unos vinos en los bares de las calles del Franco y la Raíña.

Casi todos los fines de semana jugábamos a fútbol: partidos informales en el campo de la universidad o de algún colegio mayor. Miguel era un buen delantero centro; un poco marrullero, pero muy eficaz.

En una ocasión, durante un paseo por los jardines de La Herradura, hablamos largo y tendido de muchas cosas: de filosofía, de los problemas políticos de aquellos momentos y de religión. Fue entonces cuando me aseguró que él no necesitaba a Dios.

—Yo soy yo mismo —afirmó—. No me hace falta apoyarme en la fe en un Dios que no existe. Disfruto de la vida todo lo que puedo y no necesito la religión para ser feliz. Respeto tus creencias. Es más, me parece muy bien que tengas un ideal por el que luchar. Pero yo ya tengo el mío.

Aquello me sonaba a tópico, pero se mostraba tan seguro de sí

mismo que preferí no entablar una discusión que no nos llevaría a ninguna parte.

Poco antes de terminar el curso, mientras tomábamos una cerveza en la terraza del restaurante Alameda, me atreví a manifestarle mis dudas sobre su pretendida autonomía respecto a Dios. La verdad es que no esperaba su reacción: dejó de golpe el vaso sobre la mesa, me mandó a tomar viento, se levantó y se fue.

No volvimos a vernos.

Por motivos familiares, los dos últimos años de la carrera los cursé en la universidad de Valladolid. Nada más comenzar el curso 74-75, se sucedieron varias asambleas organizadas por partidos de la izquierda. El Gobierno amenazó con cerrar las aulas y suprimir las matrículas de todos los estudiantes si no cesaban inmediatamente los desórdenes. Al día siguiente, se convocó una nueva asamblea para «discutir» el comunicado del Gobierno, y Franco cumplió su amenaza. Los exámenes finales habrían de realizarse en septiembre. Aproveché la falta de clases para preparar la tesis de licenciatura en Historia Medieval. Me la dirigió el profesor Julio Valdeón, que Dios tenga en su gloria, sobre los dominios de los Álvarez Osorio, señores de Villalobos y marqueses de Astorga, durante los siglos XIV y XV. Dediqué el verano, sufriendo los recios calores de Pucela, a preparar los exámenes finales, a la vez que hacía gestiones para encontrar un trabajo.

Desde Valladolid, escribí dos o tres cartas a Miguel, a la dirección de su apartamento. No hubo respuesta.

A mediados de agosto recibí la petición de un colegio de Vigo para impartir las asignaturas de Historia y Filosofía, condicionada a que aprobase todas las mías en septiembre.

Apenas salió la última nota, tomé el tren y me trasladé a la ciudad del Celta. Pocos días después de comenzar el curso, el 7 de octubre, el conserje dejó en mi buzón un paquete abultado, remitido por Javier N., párroco de un pueblo cercano a Cambados. Al abrirlo, encontré dos gruesas libretas, con tapas duras de color azul, y un tarjetón de don Javier en el que me decía que las libretas habían sido escritas para mí por mi amigo Miguel.

Lo que yo no podía saber en aquel momento es que, unos días antes, el abuelo de Miguel, don Julián, levantando la copa de alba-

riño de su propia cosecha, había dicho, con palabras entrecortadas por la emoción: «Al menos mientras vivamos mi esposa y yo, todos los años, el 29 de septiembre, celebraremos en esta casa el día de hoy, y las puertas estarán abiertas para los que podáis asistir».

Desde entonces —han transcurrido más de cuarenta años—, un grupo de personas, al que me incorporé muy pronto, se reúne el 29 de septiembre en el Pazo da Torre Vella, a un tiro de piedra de Cambados. Y aunque los dueños de la casa noble, don Julián y su esposa, doña Luz, murieron hace mucho tiempo, la reunión no dejó de celebrarse. La llamamos *a xuntanza da Torre Vella*.

En la *xuntanza* del 29 de septiembre de 2016, decidimos que había llegado el momento de publicar el Manuscrito de Miguel. La única persona a la que podía molestar la publicación, Cristina, su madre, había muerto dos meses atrás en el pazo. A pesar de que ella había dado su permiso, el respeto y el cariño que le teníamos nos señalaron que publicar durante su vida las memorias de su hijo era una falta de delicadeza. Pero ahora habían cambiado las circunstancias.

Cuando regresé a casa, lejos de mi tierra gallega, tomé las dos gruesas libretas escritas por Miguel para mí durante el último verano de su vida. Estuve un buen rato mirándolas y hojeándolas. Sabía de memoria muchas de sus frases. Había hecho copias mecanografiadas para varias personas, que las guardaban en sus casas como las joyas recónditas de un pequeño tesoro, y las leían de vez en cuando. Yo tenía una de esas copias, pero decidí transcribir de nuevo, casi palabra por palabra, todo el manuscrito.

No hice más correcciones que las estrictamente necesarias. Miguel tenía, a sus veintidós años, un estilo que revelaba una cultura muy superior a la de los universitarios de su edad. Cambié también los nombres de ciertas personas, traté de difuminar el emplazamiento de varios lugares, y añadí algunas notas a pie de página para explicar palabras y frases que el lector actual, y más si no es gallego, no puede entender fácilmente.

Los acontecimientos que narra Miguel son antiguos: ocurrieron a lo largo del verano de 1975. Pero el manuscrito no ha envejecido. El problema que plantea sigue siendo actual y lo será siempre, porque el sentido de la existencia y el significado final de la muerte es una cuestión que afecta a todo ser humano que vive en este mundo.

MANUSCRITO DE MIGUEL

JUNIO

Pazo da Torre Vella, 23 de junio de 1975. Cambados (Pontevedra)

Querido amigo:

Son más de las once de la noche. Estoy en el viejo pazo de mis abuelos, en una aldea cercana a Cambados. Aquí pasé gran parte de mi infancia y casi todos los veranos de mi vida.

He llegado de Santiago a las nueve de la tarde. En Villagarcía dejé el tren y tomé el autobús de línea, que va parando en todos los pueblos del sur de la ría de Arosa hasta El Grove.

Cuando abro la verja de hierro, sale a recibirme Lelucha, la criada de mis abuelos, que me ha visto llegar arrastrando la maleta por el camino de los plátanos. Es como un miembro más de la familia. Ha vivido en casa desde muy niña, y después ayudó a mi abuela a criar a mis tíos. Alta, delgada, nervuda, tiene más de setenta años, pero es fuerte como un roble. Mientras grita un largo *¡Migueliiiiño!*, me da un abrazo de los que hacen crujir las costillas. Al mismo tiempo, aparece León, el perro, labrador de raza y gallego de corazón, dando vueltas a nuestro alrededor hasta que Lelucha me suelta. Entonces,

me pone sus zarpas en los hombros y me lame ansioso toda la cara. Es el recibimiento habitual.

Dejo la maleta en el zaguán y me dirijo a la cocina, donde está la abuela Luz trajinando con fuentes y perolas. Me espera con una sonrisa y los brazos abiertos, y dice *Meu fillo*. Tiene el pelo blanco como el algodón, recogido en un moño.

Le doy un par de besos y nos miramos fijamente. Me conmueve, como siempre, su mirada honda y afectuosa, y sus ojos azules me infunden paz.

El abuelo Julián, que me ha oído llegar, entra en la cocina y nos abrazamos. Tarda en soltarme. Está emocionado. Durante los últimos meses, ha seguido muy de cerca mi enfermedad, y casi se podría decir que la ha sufrido, a pesar de haber dedicado toda su vida a la Medicina. Dicen que a los médicos se les forma una costra alrededor del corazón, para que no les afecte el sufrimiento de sus pacientes. Pero el corazón del abuelo es como el de un niño. Y sus nervios, de acero: nunca le ha temblado la mano al aplicar un remedio difícil o doloroso, ni siquiera cuando, durante la Guerra, tuvo que amputar brazos y piernas a soldados jóvenes heridos en combate.

La abuela me anuncia que está preparando natillas, mi postre favorito, y a continuación, como si fuera otra noticia culinaria, que está pidiendo a la Virgen el milagro de mi curación.

—Los milagros no existen, abuela —respondo con amargura.

Se gira, me mira muy seria, me amenaza con el dedo y me advierte:

—No digas tonterías de universitario pedante, ¿quieres?

Durante la cena, no tenemos mucho que decirnos. Todos sabemos cómo es mi presente y cuál será mi futuro, y es difícil encontrar, de momento, otro tema de conversación.

Pero Lelucha, que es una experta en romper tensiones y silencios, me pone al día sobre la vida del pueblo: quién ha nacido y quién ha muerto, quién se ha casado ya y quién se va a casar el sábado, quién espera un hijo, como era de esperar, y quién lo espera, aunque nadie lo esperaba...

—Lelucha, no seas mala —la amonesta la abuela.

Después de cenar, los abuelos me invitan a leer un rato en la sala grande, pero prefiero estar solo y subo a mi habitación. La misma que utilizo desde hace años. Está al fondo de un pasillo, sobre la sala grande, y tiene una ventana que se abre a la fachada principal de la casa. Aparte de la cama y la mesilla de noche, una antigua cómoda, un armario y un sillón para pensar y dormitar, hay una estantería abarrotada de libros, una mesa de trabajo —sobre la que tengo el tablero de ajedrez para jugar con el abuelo sin que la abuela se entere de que le gano— y dos sillas. En las paredes blancas solo hay un adorno: un póster de los Beatles que pegué hace años con el beneplácito de la abuela. Opina que su música es preciosa, pero solo cuando se interpreta con instrumentos clásicos, como el piano o el violín.

Media hora más tarde, el abuelo viene a ver cómo me encuentro. Me ausculta, me mide la tensión y me pregunta si estoy tomando toda la farmacopea que me recetaron los médicos de Santiago. Antes de irse, me da otro abrazo. Creo que quiere curarme a fuerza de abrazos.

Cuando se va, abro la ventana de par en par y me apoyo en el alféizar. Es la noche de San Juan. Veo el resplandor de una hoguera y oigo los gritos lejanos de los niños. Casi puedo tocar con las manos las ramas del magnolio centenario. Cerca de su tronco se mueven inquietas las luciérnagas. La explanada de viejas losas de granito, pulidas por los siglos y mojadas por la lluvia reciente, brilla débil bajo la claridad de las farolas. La araucaria, que se recorta contra la luna, es una negrura geométrica; y el camino, flanqueado de plátanos, que lleva del pazo a la carretera, me parece la garganta de un lobo.

Porque le tengo miedo a la muerte.

Intento dormir. Pero es inútil.

Se me ocurre una vez más la idea de escribirte. Y lamento una vez más no tener tu dirección. Después de leerlas, rompí tus cartas sin anotar el remite. No quise responder.

A pesar de todo, me levanto, enciendo la luz y me pongo a escribir en esta libreta. Ya encontraré la manera de dar con tus señas. Escribirte me ayuda a aclarar la mente, y la tristeza compartida se soporta mejor. No quiero escribir una carta, sino una especie de

confesión que me sirva de desahogo: necesito contar los pensamientos que me acuchillan el cerebro desde que el médico, con certeza de matemático y mirada de profeta, pronunció la sentencia definitiva: «Te quedan tres meses de vida».

Aunque te sorprenda saberlo, eres el único amigo de verdad que he tenido en toda mi vida. Espero que me perdones por haber roto contigo de una forma tan brusca, hace ya dos años. Primero me anunciaste que habías decidido cursar cuarto y quinto de Historia en Valladolid, por alguna razón que ya no recuerdo. Eso no me sentó bien, porque nunca siento bien perder a un amigo, a tu mejor amigo. Y después, a mitad de cerveza, me sugeriste, con tu habitual delicadeza galaica, que mi actitud autosuficiente te parecía una tapadera, y mi ateísmo apático, una pose sin fundamento. Te mandé a la mierda y me fui.

La verdad es que, aunque sabía que debía hacerlo, no quería abrir la recámara de mi intimidad, que siempre mantuve cerrada para todos, y pensé que la única manera de evitarlo era huir. Reconozco que me comporté cobardemente. No tuve agallas para enfrentarme con la basura que llevaba en el alma. Ahora, en estas circunstancias, necesito asomarme a ese pozo interior y oscuro para verme como soy. Y lo que vea quiero compartirlo contigo, porque eres la única persona que, sin ser de mi familia, mostró un verdadero interés en ayudarme.

He tomado la decisión de pasar los últimos días de mi vida en la casa en la que nací. Un compañero de clase me sugirió que les pidiera dinero a mis padres y me fuese a una playa del Caribe. A punto estuve de hacerlo, pero luego me pareció un modo muy trivial y poco elegante de esperar la muerte.

Desde que el médico emitió su veredicto, apenas puedo conciliar el sueño. Voy a vestirme de nuevo y dar un paseo por la finca sin que nadie se entere. Al final del jardín, hay un otero con un pequeño cenador. Quizá pueda serenarme contemplando, como tantas veces, el reflejo de la luna en el mar de la ría.

Mañana seguiré.

24, martes

Todo comenzó aquí mismo, en esta casa, a principios de enero. Ya habían pasado las fiestas de Navidad y fin de año. Faltaban pocos días para regresar a la universidad. Una tarde, mientras merendaba con mis abuelos en el comedor, sentí una punzada en el abdomen, como una cuchillada, que me hizo caer de la silla. No le di importancia, porque el dolor pasó enseguida, pero mi abuelo sí se la dio. Por su mirada y su cambio de humor después de auscultarme, adiviné que podía tratarse de algo serio.

—Mañana, sin falta —afirmó—, nos vamos a Santiago.

—¿Pero qué pasa? —le pregunté, intrigado.

—Puede que no sea nada importante. Ojalá. Pero quiero que te vea un especialista. Hay uno, el mejor, con el que tengo cierta amistad. Es catedrático de la facultad de Medicina. Voy a llamarlo para pedirle que nos reciba cuanto antes.

Al día siguiente, muy temprano, viajamos a Santiago en su coche, un Volkswagen escarabajo de color marfil, que me encanta conducir. Durante el viaje intenté sonsacarle qué opinión se había hecho sobre lo que podía pasarme, y lo más que conseguí fue que me hablase de la isla de Cortegada, Alfonso XIII y las almejas de Carril, mientras fumaba su pipa. Al pasar por Catoira, me habló de los normandos y de Hipólito Rey, el rey de los vinos; al pasar por Padrón, volvió a contarme algunos retazos de la vida de Rosalía de Castro y me recordó a Macías, el trovador enamorado, y al apóstol Santiago. Creo que se pasó todo el viaje hablando de historia y literatura gallegas, para no pensar.

El médico, un hombre mayor, de pelo ralo y amarillento con raya al medio, con una bata blanca impoluta y lentes de culo de vaso, nos esperaba a las diez de la mañana en su consulta del hospital. El abuelo le dio un abrazo, le agradeció su disponibilidad y, después de preguntarle por su familia, habló con él a solas durante unos minutos. Media hora más tarde comenzaron las exploraciones y las pruebas, que duraron todo el día.

Por la noche, ya instalados en el apartamento que he ocupado en los cinco años de la carrera, el abuelo quiso llamar por teléfono

a mis padres para ponerlos al corriente de todo, pero conseguí convencerlo de que esperase hasta conocer los resultados.

Cuando el médico nos comunicó el diagnóstico —cáncer de páncreas—, mi abuelo se hundió materialmente en el sillón y se llevó las manos a la cabeza. Yo no sabía, como sabía él, qué significaba llevar un tumor maligno en el páncreas.

Esto es lo que esperaba oír: «No te preocupes, hijo. Te vamos a operar y, dentro de dos meses, estarás como nuevo. Gracias a los adelantos de la ciencia médica, química, bioquímica, bla, bla, bla, esto es una tontería».

Sin embargo, esto fue lo que oí:

—Te hablaré con claridad, aunque sé que va a ser duro para ti. En el caso del cáncer de páncreas, la esperanza de vida suele ser de un año. —Al oírlo, sentí un destello en mi cabeza, punzante y frío como un puñal de hielo, y pensé que aquello no era real. La mano del abuelo me apretó el brazo para que me tranquilizara—. De todas formas —prosiguió el médico con voz más cálida—, la Medicina no es una ciencia exacta. ¡Ya lo creo que no! Tu abuelo lo sabe muy bien. ¿Verdad, Julián? Y es muy posible que el tratamiento tenga mejores resultados de los que se pueden esperar. Además, este tipo de cáncer no suele presentarse en personas de tu edad, y precisamente por eso tienes más recursos que una persona de sesenta años. Nunca se sabe. Ni siquiera se puede descartar la curación...

—¡Hay esperanza! —exclamó con voz segura el abuelo, que había conseguido reponerse. Con la cabeza erguida y la mirada fija en mis ojos, era un hombre dispuesto a ir a la guerra—. En toda enfermedad grave hay un tanto por ciento de personas que se curan, y tú puedes ser una de ellas.

El médico me informó de que el tratamiento adecuado era la quimioterapia. Me explicó en qué consistía y los efectos secundarios, y fijamos una fecha para iniciarlo.

Cuando salimos del hospital, no era capaz de pensar. Pero por la noche, a solas y sentado en el borde de mi cama, caí en la cuenta, como quien cae en un estanque helado, de la situación en la que me encontraba. Mi horizonte, que antes me parecía infinito, se me echaba encima, como un acantilado que se derrumba. «Un año de

vida»: ese era el dato escueto, objetivo, desnudo. Lo demás, solo palabras.

Una hora después de que el abuelo se acostase, me eché la gabardina y, sin hacer ruido, salí a la calle. Lloviznaba. Fui caminando lentamente hacia la parte vieja, pensando en la pena de muerte a la que el médico me había sentenciado.

Desde que rompí con mis padres, siempre me consideré orgulloso de ser independiente y capaz de dominar cualquier situación. Autosuficiente, como tú me decías. Por primera vez, me sentía impotente y frágil. La suerte estaba echada, sin haber tenido la oportunidad de jugar. Sin pedirme permiso, el destino se me imponía de modo absoluto, arbitrario y despótico. Porque sí. Sin razones. Sin discusiones. Pena de muerte. Un año de vida. No hay perdón. Puedes llorar. Da igual. Un año. Después la muerte, la tumba, la nada. Punto final.

¿Pero quién es ese destino, ese tirano cruel que decide matarte y no tiene clemencia ni perdón? ¡Nadie! Eres la víctima de nadie. Puedes dar patadas a las columnas, gritar a pleno pulmón o romper cristales, pero eso no va a cambiar nada.

Guardo un recuerdo confuso pero horrible de aquella noche. Me veo recorriendo las losas mojadas de la calle del Preguntoiro, los soportales de la Rúa Nueva y de la Rúa del Villar, como la víctima de una injusticia cínica y brutal, con una rabia que me quemaba la garganta y un miedo frenético que nunca había sentido: el miedo a la muerte. En algún momento creí que me iba a volver loco, y eché a correr para no pensar ni sentir más que el cansancio de mi cuerpo. Si alguien me vio, debió pensar que me había escapado del manicomio. Corriendo a las tantas de la noche por las calles de Santiago. ¿Adónde irá ese pobre hombre?

Me detuve por fin. Me ardía el pecho. Sin darme cuenta, había llegado a la parte alta de los jardines de La Herradura. Jadeando, me apoyé en la barandilla del mirador y traté de serenarme. Al fondo, los colegios mayores, todavía sin estudiantes, con todas las luces apagadas y muertas.

Me senté en un banco de madera fría y quieta, al lado del monumento a Rosalía de Castro. Eran las tres de la madrugada. La lluvia

había cesado. Sentía frío en todo el cuerpo, por dentro y por fuera, pero mi atención seguía clavada en el punto negro de mi vida, en el pozo negro de mi muerte.

No lo podía aceptar. No podía ser que, después de todo lo que había sufrido por culpa de mis padres, me tocara morir de cáncer a los veintidós años. ¿Por qué? No encontraba ni encuentro una respuesta a esta maldita pregunta que me repetí mil veces. Si alguien te mata porque eres un criminal, tú te lo has buscado. Pero que te mate un cáncer, es un sinsentido. Ni el cáncer tiene rostro ni yo soy culpable.

Después de estrujarme los sesos, se me ocurrió pensar que podría tratarse de un error, y me aferré a esa esperanza con la lógica de un paranoico. «Seguro que los médicos se han equivocado. Puede ser que los resultados correspondan a otro paciente. Es fácil que pasen esas cosas en un hospital tan grande. Ahora no me duele nada. Estoy bien. Estoy normal. No tengo cáncer. No me voy a morir. No me voy a morir. No me voy a morir». Creo que llegué a convencerme a mí mismo de que estaba sano y de que el médico nos llamaría muy pronto para pedirnos disculpas. Fumé tres o cuatro cigarrillos disfrutando ya de mi excelente salud.

Me puse a caminar de nuevo, despacio, hacia la ciudad. Ya no me sentía capaz de pensar en nada. Eran las siete de la mañana cuando entré en el bar Azul y pedí un café doble. Después, regresé al apartamento. Al abrir la puerta, vi que la sala estaba iluminada. El abuelo me esperaba, sentado en un sillón, despierto y con cara de no haber dormido en toda la noche. Supuse que estaba enfadado y que iba a reñirme. Pero no fue así. Se levantó, se me acercó y me dio un largo abrazo, sin decir nada, sin pedir explicaciones. Aunque traté con todas mis fuerzas de contener las lágrimas, rompí a llorar como un crío.

Desayunamos en la cafetería del hotel Compostela.

—¿No será un error? —le pregunté.

—Ojalá —respondió—. Sé que es muy difícil aceptarlo, Miguel. Pero tienes que ser fuerte y luchar. No puedes perder la esperanza. Y, por cierto, no vuelvas a fumar. Te hace daño.

Después de desayunar, me dijo que era necesario llamar cuanto antes a mis padres. Al principio, me resistí. Pero luego pensé que

la noticia les provocaría un dolor que se tenían bien merecido por todo lo que me habían hecho sufrir antes y después de separarse.

Los días siguientes fueron desagradables y lentos. Mis padres, que se llaman Julián, como mi abuelo, y Cristina, viajaron a Santiago en varias ocasiones para hablar con el médico y estar conmigo; sin embargo, apenas mantuvimos algo que se pudiera llamar una conversación. Consultaron el asunto al Instituto Gustave Roussy de París y a un Centro Oncológico de Houston, por si existiera algún tratamiento nuevo. La respuesta fue negativa. Lloraron de pena porque su único hijo, al que destrozaron el corazón cuando era un niño, se podía morir muy pronto de un tumor maligno en el páncreas. ¡A buenas horas! ¡Hace años les importó un carajo mi sufrimiento! ¡Nunca llorarán tantas lágrimas como yo!

Mi padre por un lado y mi madre por otro —porque trataban de no coincidir— me insinuaron que era el momento de cambiar mi actitud hacia ellos. No quise y no quiero. Iré a la tumba sin darles esa satisfacción, y tendrán que soportarlo el resto de sus vidas.

Tú no sabes lo que sufre un niño cuando sus padres dejan de quererle, cuando se pelean, rompen y se separan. Es curioso que el primer recuerdo de mi vida sea una escena en la que mis padres se abrazan, sonríen y me miran complacidos, mientras juego con un barco de madera, verde y blanco, que me acaban de regalar. Nunca más los volví a ver unidos y sonrientes. Al principio, fueron caras largas y días sin dirigirse la palabra. Después, discusiones, insultos y portazos, que me hacían temblar de miedo y refugiarme entre los brazos de la sirvienta. Recuerdo ausencias prolongadas de mi madre, que viajaba a Italia y Francia, y de mi padre, que siempre tenía algo que hacer en Madrid. Cuando faltaba uno de los dos, yo era feliz, porque no podía haber discusión. Pero, al cabo de unos días, más broncas, palabras envenenadas y gritos cargados de rabia. Una tarde, como punto final de una disputa a la que asistí casi sin poder respirar, mi padre le sacudió una bofetada a mi madre. Todavía siento horror al recordarlo. Al poco tiempo, él se fue a vivir a otra casa, y meses después, otro hombre, al que odio con todas mis fuerzas, ocupó su lugar. Yo tenía siete años. Perdí la ilusión por todo. Lloré a solas muchas veces, en mi habitación, debajo de las escaleras y por la calle, sin consuelo.

Trataron de persuadirme de que me querían como antes. Me decían que lo que pasaba entre ellos no debía afectarme: eran «desencuentros» entre personas casadas, algo bastante normal.

¿Cómo podían decir que sus peleas no debían afectarme? ¿No se enteraban de que su ruptura me desgarraba las entrañas? ¿Eran tan idiotas que no se daban cuenta de lo amargo y doloroso que es para un niño el desamor de sus padres? No eran idiotas, eran crueles.

«Ahora no puedes entenderlo, porque eres pequeño —me dijo un día mi madre—. Pero lo entenderás cuando seas mayor».

No lo podía entender, ¡pero lo podía sufrir! El amor entre mis padres era, aunque no supiera expresarlo entonces, algo más esencial en mi vida que el aire que me entraba en los pulmones. Cuando desapareció, tenía padre y madre, pero no una familia. Y a un niño no le basta con el cariño de su padre y el de su madre. Necesita el cariño de unos padres que se quieren.

Me quedé sin familia y sin suelo bajo los pies. Nunca conseguí superarlo. Vivía unas temporadas con mi madre y su querido, y otras con mi padre y su querida. Ver a mis padres con otras personas se me hacía insufrible. Los veranos los pasaba siempre con mis abuelos en esta casa.

Unos días antes de comenzar el Bachillerato¹, cuando mi padre vino a recogerme al pazo para llevarme a Vigo, los abuelos trataron de convencerlo de que lo mejor para mí era vivir aquí y estudiar en el instituto de Cambados. Escuché la conversación agazapado detrás de una puerta, deseando con toda mi alma que accediera. Pero dijo que tenían la esperanza de «recuperarme».

Para demostrarles que estaban equivocados, y de paso darles un buen disgusto, una semana después me escapé de la casa de mi padre, tomé el tren y me vine al pazo. Disfruté imaginando el susto de los dos, porque también yo me volví un ser cruel. Y te aseguro que soy capaz de hacérselo pasar muy mal a los demás cuando quiero herir-

¹ Los estudios de bachillerato, que comprendían seis cursos, se comenzaban, por entonces, a los diez años. Los dos últimos cursos eran diferentes para Ciencias y Letras. Antes de ingresar en la universidad, era necesario estudiar el curso Preuniversitario (Preu) y superar el examen de Selectividad.

los. Al día siguiente, a pesar de que hice todo lo posible por quedarme, mi padre me llevó de nuevo a la ciudad. Pero ¿recuperarme? No me han recuperado nunca ni lo harán.

En el colegio, me convertí en el alumno problemático, sobre todo desde que un compañero de clase, un imbécil, me preguntó delante de los demás si era verdad que mi madre tenía un amante en casa. De pronto, sentí que me ardían el pecho y la garganta, y arremetí contra él como una fiera. Le rompí la cara. Y le habría roto la cabeza si no me lo hubieran impedido.

Estaba lleno de odio contra mis padres, y lo descargaba en los demás. Con los profesores, adopté un mutismo casi total y, a medida que fui creciendo, aumentó también mi capacidad de ponerlos en ridículo y sacarlos de quicio. Cuando me castigaban, sonreía, como si fuera eso precisamente lo que quería conseguir. Y si el castigo era duro, me reía más y le hacía comprender al profesor, con mis gestos, que me parecía un tío ridículo.

En primero de bachillerato, el profesor de Matemáticas, que tenía cierta amistad con mi padre, intentó «salvarme». Me llamó varias veces a su despacho para hablar conmigo. Me preguntaba, muy amablemente, qué me pasaba, si tenía algún problema, si podía ayudarme... Yo permanecía en silencio, mirando hacia otro lado con cínica indiferencia, y cuando daba por concluido el interrogatorio, me iba sin decirle adiós. Un día me harté y decidí comprobar si era tonto o se lo hacía.

—¿Está usted casado? —le pregunté con amabilidad.

—Sí —respondió, convencido de que al fin se había ganado mi confianza.

—¿Tiene hijos, profesor? —volví a preguntar con cara de verdadero interés.

—Sí. Tengo dos hijos.

—¿Vive usted con su mujer y sus hijos?

—Sí, pero —se apresuró a añadir, intuyendo por dónde iban mis preguntas— la situación de tus padres no debe influir en tus estudios.

Lo miré fijamente a los ojos con desprecio y le dije que era un perfecto estúpido. Me fui dando un portazo, con el deseo —que se cumplió— de que se rompiese el cristal de la puerta.

Durante el curso solía suspender, a propósito, cuatro o cinco asignaturas cada trimestre, y al llegar los exámenes finales las recuperaba con buenas notas sin demasiado esfuerzo. Así mantenía en jaque a mis padres, y, de paso, me reía de algún profesor que disfrutaba pensando que podía amargarme el verano.

—Pero, Miguel, ¿qué te pasa? —me preguntaba mi madre, deseosa de comprender a su misterioso hijo, cuando por Navidades le enseñaba la hoja de notas con varios *cates*—. Los profesores dicen que tienes una inteligencia superior a la normal y que si suspendes es porque no te esfuerzas.

«Pues claro que no me esfuerzo», pensaba para mis adentros. «¿Hay acaso algún motivo para daros una alegría con mis buenas notas? Si pudiera sacar ceros en todas las asignaturas, lo haría».

No tenía amigos ni quería tenerlos. Algunos compañeros me admiraban precisamente por ser el rebelde de la clase. Pero disfrutaba más siendo desagradable y huraño que sintiéndome venerado por un coro de tontos.

Lo único que quise conservar fue mi puesto de delantero en el equipo de fútbol. Nadie se opuso: jugaba bien y metía goles. Y también en el campo aprovechaba cualquier ocasión para dar rienda suelta a mi rencor. Más de un defensa se fue a los vestuarios sangrando por la nariz y con un codazo en el cuello.

En cuarto de bachillerato, estuvieron a punto de expulsarme definitivamente del colegio. Aquel año se incorporó a la clase un alumno nuevo: Caamaño. Un verdadero «chulopiscina» de Vigo: alto, rubio, arrogante, fanfarrón hasta la médula y con gafas de sol en días de invierno. No hacía otra cosa que presumir de sus ligues, y una pandilla de gilipollas lo seguía como si fuera su guardia de *corps*. Un día, entre clase y clase, un compañero al que apodábamos el Chino, por la forma rasgada de sus ojos, se atrevió a decirle que era un farolero. Caamaño se cabreó, le dio una bofetada y le llamó marica de mierda. Al día siguiente, el Chino se había convertido en el marica de mierda de la clase. A mí, el Chino no me caía ni bien ni mal, pero Caamaño me sentaba como una patada en el estómago. Y lo que más me indignaba era que todos, como borregos, le siguieran la corriente.

Pocos días después, durante el recreo de la mañana, vi a Caamaño rodeado de sus admiradores y fumando un cigarro con la chulería de un bobo. Me acerqué hasta donde podía escuchar la conversación y me apoyé en el tronco de un árbol. Estaba fardando de que se había ligado a la mejor tía de no sé qué colegio. Lo miré a la cara y le dije, para provocarlo, que era un puto farolero de mierda. Tal como esperaba, porque no me conocía bien, vino hacia mí con toda su arrogancia, decidido a fascinar una vez más a sus hinchas. Alguien intentó detenerlo con un tímido «no», pero Caamaño no hizo caso. El puño con el que intentó golpearme el estómago se estrelló en el tronco del árbol, y antes de que pudiera reponerse, se encontró con un dolor insoportable en los mismísimos y sangrando por la nariz. Sus amigos, que sí me conocían, no se atrevieron a mover un dedo. Mientras Caamaño se revolcaba por el suelo chillando como un cerdo al que acaban de hincar el cuchillo, les dije que quien volviera a llamar marica al Chino recibiría el doble. El Chino me dio las gracias, pero el director del colegio me envió una semana a casa, después de que mi padre implorase misericordia. Eso sí, el «chulopiscina» no volvió a levantar cabeza y se fue del colegio cuando acabó el curso.

En quinto de bachillerato elegí Letras. Tenía claro que quería estudiar Derecho y ser notario. Mi rencor encontró una nueva vía de escape: humillar intelectualmente a mis compañeros. Fueron tres años, incluyendo el Preu, en los que estudié y leí todo lo que pude. Sabía que era el más inteligente de la clase. Me sentía superior y disfrutaba poniendo en ridículo a los demás. Sí, disfrutaba. Era una especie de venganza: vosotros tenéis padres, tenéis familia, pero sois unos burros de mierda.

Obtuve las mejores notas en todas las asignaturas y en el examen de Selectividad, al tiempo que me ganaba la antipatía de mis profesores y colegas, de los que me despedí con un corte de manga.

Desde que cumplí los catorce años, decidí negar a mis padres cualquier autoridad sobre mí. Lo único que quería era terminar el bachillerato, irme a Santiago, hacer la carrera y conseguir un trabajo para no volver a verlos ni depender de su dinero.

Traté de amargarles la vida todo lo que pude. Recuerdo que un día —en Preuniversitario— mi padre me dijo, con cierta timidez,

que quizá, hijo, mira, no te enfades, pero tal vez no haces bien yéndote de juerga hasta las tantas de la madrugada, y menos con unos chicos mayores que tú, esos que has conocido en el Club Marítimo. Lo miré con desprecio y le respondí que no tenía ningún derecho a exigirme nada. Levantó la mano para darme una bofetada, pero, antes de que se decidiese a hacerlo, le dije que yo no era su mujer.

Mi madre tiene una *boutique* de moda para chicas y señoras ricas en una calle céntrica de Vigo, muy cerca de donde tuvo su consulta la doctora Olimpia Valencia, una mujer extraordinaria, la primera que ejerció como ginecóloga en Vigo. Ella me ayudó a venir al mundo. El amante de mi madre era un verdadero estúpido, y cada vez que se presentaba la oportunidad, se lo decía a la cara delante de su amiga. No tenía más remedio que aguantarse y callar. Era pintor «abstracto», decía el muy cateto. Sus pinturas eran de una abstracción tan profunda como su incompetencia. Una vez, durante la cena, se dedicó a pavonearse, como una *vedette*, de los elogios que había recibido su última exposición en no sé qué local de ¡Cangas de Morrazo! Hasta el dueño de una fábrica de conservas le había comprado dos cuadros para su despacho. Fue tan ridículo que no pude contenerme. «Tus lienzos —le espeté, mirándolo a la cara— no sirven ni para limpiarse el culo. Acabo de comprobarlo con uno de ellos». Por un instante, estuvo a punto de salir corriendo hacia el cuarto de baño para comprobarlo... Mi madre me fulminó con la mirada. «En el fondo, piensas lo mismo que yo —le grité—. Atrévete a decírselo a él de una puñetera vez, y que se vaya». Poco tiempo después, el pintor abstracto desapareció de nuestras vidas.

Mi padre es jefe de un importante bufete de abogados especializados en mercantil y empresarial. Llevan asuntos de algunas empresas importantes de Vigo. Con su querida, de la que se separó hace unos años, tuve más compasión, si se puede decir así. Me conformé con la indiferencia. Como si no existiera. Ni «buenos días». Era profesora de inglés en un instituto y se teñía de rubio para parecer más *british*.

Desde que comencé los estudios de Derecho, no he vuelto a vivir con mis padres. Las vacaciones y muchos fines de semana los he pasado siempre en esta casa, la de mis abuelos paternos. A veces,

mi padre o mi madre me llamaban para pedirme que fuese a Vigo. Siempre les dije que no. Entonces venían ellos —nunca los dos juntos, claro— a «estar unos días con los abuelos», para poder verme. En todas las ocasiones conseguí que se fueran de mal humor y antes de lo que querían

A mis abuelos les tengo un profundo respeto. No son mis padres, pero me han querido más que ellos. Nunca cedieron a mis chantajes. Les pedía todos mis caprichos, porque sabía que ellos querían compensar con su cariño el que mis padres no supieron darme. Si no accedían a mis peticiones, gritaba, insultaba y daba portazos con rabia. Pero supieron aguantar y no cedieron. Ahora los quiero porque los quiero, y no por lo que me dieran para comprar mi afecto. Pero reconozco que les hice sufrir y no se lo merecían.

Mi tía Pacha, hermana de mi padre, intentó mediar en varias ocasiones. Pacha vale. Es soltera «por vocación», como ella dice. Estudió Magisterio, vive en Pontevedra y trabaja en la escuela de un pueblo cercano a la capital. Una tarde de invierno se presentó en Santiago para hablar «seriamente» conmigo sobre el asunto. Me largó un rollo de dos horas sobre la importancia del perdón. Le di las gracias por sus buenas intenciones, pero le dije que de mis padres solo me interesaba el dinero para terminar la carrera. Se fue muy disgustada. Mi tío Carlos y Rocío, su mujer, a los que admiro por lo mucho que se quieren, aunque no comparto sus ideas, también me sugirieron en varias ocasiones que debía perdonar a mis padres. El que nunca me dijo nada al respecto es mi tío José, porque en el fondo le trae sin cuidado. Ese, su mujer y sus tres hijos viven en un mundo de mierda perfumada.

Puedes estar seguro de que nunca he sido feliz, ni un minuto, si por felicidad se entiende algo más que disfrutar de los placeres que la vida pone a nuestro alcance, y mortificar a los que odias.

Sé que te sorprende lo que acabo de escribir. Tú me conociste como un tío casi siempre contento, divertido y de buen humor. La hiel te la escondí. Pero adivinaste que mi autosuficiencia era una tapadera. Sí, lo era. Tenía mucha basura que tapar. En cambio, te equivocaste sobre mi ateísmo. No es una pose. Es una convicción casi desde la cuna.

Lelucha acaba de avisarme de que me están esperando para comer. Está cayendo lánguido un *orballo* suave. Seguiré por la tarde.

A lo largo del curso, me sometí a tres ciclos de quimioterapia. Los días posteriores los pasaba aquí, en el pazo, hasta que conseguía reponerme y regresar a Santiago. Los efectos secundarios de la medicación fueron muy desagradables: náuseas, pesadez de cabeza, cansancio y desgana total. Estaba casi todo el día en esta habitación, tumbado en la cama. No tenía apetito. La abuela y Lelucha se desesperaban por encontrar alguna comida que me gustase. El abuelo volvió a ejercer conmigo de médico de cabecera. Gracias a él pude soportar mejor aquellos días.

Antes de que comenzara a caérseme el pelo, fui al peluquero y le pedí que me rapase la cabeza. El abuelo me regaló una de sus boinas y me dijo que, si se sabía llevar, resultaba elegante, y me señalaba la foto de su amigo Ramón Cabanillas, el gran poeta de Cambados.

Cuando regresaba a Santiago, ya repuesto, sentía cierta esperanza. Me daba la impresión —o eso era lo que deseaba— de que la quimioterapia estaba haciendo efecto. Pero llegó el momento de conocer los resultados del tratamiento, casi a final de curso. Hace solo dos semanas. Fue entonces cuando me derrumbé totalmente. El médico afirmó que el tumor se había extendido al hígado y que las metástasis hepáticas provocarían mi muerte en el plazo de tres meses. Afirmó que seguir con la quimioterapia no tenía sentido: quebrantaría más aún mi salud física y mental, y no iba a producir ningún efecto curativo.

¡Tres meses! ¡Doce semanas y media! Noventa días. Unas dos mil horas. También en esa ocasión el abuelo estaba a mi lado. Durante todo el día permaneció conmigo, tratando de consolarme, pero no fui capaz de prestar atención a sus palabras. Llamó a mis padres por teléfono para darles la noticia. Al día siguiente se presentaron en Santiago, cada uno en su coche. Tal vez esperaban otra reacción por mi parte, pero les dije que no los necesitaba para nada y que el mejor favor que me podían hacer era irse y dejarme en paz. El cáncer no cambió mi actitud hacia ellos. O la cambió a peor, como si fuese un motivo más para detestarlos.

—¿No vamos a reconciliarnos ni siquiera ahora, cuando te vas a morir? —me preguntó mi madre con los ojos enrojecidos.

—¿Os habéis reconciliado vosotros tal vez? —le pregunté yo.
Silencio.

—Pues el día que decidáis hacerlo, me avisáis.

Al abuelo le pedí que regresara a casa y le prometí que, tan pronto terminase el último examen, iría a pasar con él y con la abuela mis últimos días.

Y aquí estoy. Con la carrera terminada, que no me servirá para ser notario, la muerte a dos pasos y la evidencia de que mi vida es un completo absurdo.

Me pregunto si vale la pena vivir enfermo en un mundo irracional. Prefiero sufrir con sentido que ser feliz en la locura. Pero no descubro ningún sentido a mi sufrimiento.

¿Qué salida me queda, más que sufrir en la locura?

25, *miércoles*

A veces pienso que conmigo se ha cebado la mala suerte. Pero ¿qué es la suerte? ¿Qué es el azar? Hemos convertido esos conceptos abstractos en algo real: una fuerza misteriosa a la que tratamos de dominar para que nos sea favorable. Tocamos madera, cruzamos los dedos, colgamos del cuello una pata de conejo o ponemos una herradura en la puerta... Los seres humanos nos comportamos como si fuéramos estúpidos. En un alarde de racionalidad, inventamos a Dios, un ser que con su infinita inteligencia y poder lo tiene todo previsto. Si las cosas van bien, le damos gracias. Si van mal, nos consolamos pensando que Él sabe más y que compensará en el cielo las desgracias de la tierra. Es una solución tan falsa como la de los hados, pero al menos parece más lógica.

No, no he tenido mala suerte. No existe un azar al que pueda culpar por lo que me sucede. Ni hay un Dios que sirva de consuelo. Hay lo que hay. Y eso es precisamente lo que me exaspera y me saca de quicio. El absurdo me resulta inaguantable. No soy capaz de resignarme. Pero tampoco puedo engañarme inventando una explicación que me sirva de consuelo. Y los demás vivís en la misma

situación que yo. También vosotros habitáis en un mundo absurdo. La diferencia es que algunos os engañáis con consuelos ilusorios, y otros ni se paran a pensar. Todos corremos como si fuéramos a alguna parte, pero no hay ningún sitio al que ir. Nos ilusionamos con las pequeñas metas de la vida: voy a hacer una carrera, me voy a casar, voy a conseguir un trabajo o voy a ser el mejor estafador de la provincia. Pero cuando todas esas metas dejan de existir, como me pasa a mí, entonces te das cuenta de que solo queda el desierto horizontal de la nada.

Me levanto de la cama sin ganas y sin nada que hacer. Me visto, me calzo los zapatos y me pregunto para qué lo hago si no hay camino alguno que valga la pena recorrer. No tengo a dónde ir.

La abuela me pide que arregle un grifo, que riegue los geranios del patio sin encharcarlos y que llene de agua el pilón del pozo, porque Lelucha y ella tienen que lavar la ropa. Arreglo el grifo, riego los geranios y lleno de agua el pilón. Y después me paso una hora dando vueltas por la casa, pensando qué hacer durante los últimos meses de mi vida. Se me ocurren muchas cosas, pero al final siempre me pregunto para qué. Parece que lo lógico sería exprimir cada minuto que me quede para hacer algo importante, algo que dejar como recuerdo de mi paso por la tierra. Pero no tiene sentido hacer nada si nada sirve de nada. Además, ¿qué sé hacer yo que quede de recuerdo? Quizá matar a la mona *Chita* de Pontevedra².

Preparar las oposiciones no tiene ningún sentido: «Se murió con las oposiciones a notaría muy bien preparadas». Dedicarme a mis aficiones para ser menos consciente del paso del tiempo, tampoco. Me gusta pescar. Fue mi abuelo quien me metió el gusanillo cuando era un crío. Tiene una dorna³ amarrada al muelle de Santo Tomé. Pero ¿te imaginas?: «Pasó los últimos tres meses de su vida pescando fanecas en la ría. Descanse en paz». ¡Patético!

2 La mona *Chita* de Pontevedra era muy famosa. Estaba cautiva en una jaula del parque de Las Palmeras, y los niños se divertían dándole cacahuetses y pipas, y observando su habilidad y rapidez para abrirlos.

3 La *dorna* es una pequeña embarcación de pesca, típica de las Rías Bajas. Suele medir cuatro metros y medio de eslora, y uno y medio de manga. Tiene la proa redonda, la popa pequeña y chata, y una quilla pronunciada.

Podría viajar en coche, conocer nuevos lugares y tomar buenas fotografías. Como sabes, es uno de mis *hobbies*. Bajo al sótano y entro en el pequeño laboratorio que mi padre preparó para revelar fotos cuando él tenía quince años. Todo está como la última vez que lo utilicé. Introduzco un nuevo carrete en mi cámara Nikon y la llevo a la habitación. Tal vez pueda fotografiar mi tedio para dejar un recuerdo a las generaciones futuras.

¿Leer? He devorado muchos libros en mi corta vida, y ahora intento leer uno de Cunqueiro al que le tengo echado el ojo desde hace tiempo: *Un hombre que se parecía a Orestes*, y no logro pasar del milagro de las orejas.

Me gusta la música clásica, como también sabes. Los abuelos me enseñaron a apreciar a los grandes compositores. Bajo a la sala de estar y pongo una de mis composiciones preferidas: el Vals número 2 de Shostakovich. Me parece un baile de la muerte. ¿Lo has escuchado alguna vez? No sé si a ti te sugerirá lo mismo: un baile de gordos aristócratas, engalanados con trajes suntuosos pero ajados por el tiempo, empolvados y pintados con colores chillones, extasiados por sus giros, en un salón magnífico de una corte imperial, corrupta y decadente, y la muerte animando el baile y sonriendo, porque sabe que todos van a desaparecer muy pronto y se van a pudrir en sus nichos imperiales, corruptos y decadentes.

Después pongo el LP de *La Pastoral*. Y enseguida la inquietud me recorre el cuerpo, porque no soy capaz de escuchar una maravillosa sinfonía mientras mi vida es un caos. Cuando estoy a punto de irme, entra la abuela, me da las gracias por haber hecho sus encargos y me pregunta por qué no sigo escuchando a Beethoven.

—Ya sabes que la buena música ayuda al espíritu —me recuerda—. ¿Quieres que toque algo para ti?

Se quita el mandil y se sienta en la banqueta del piano. Así es la abuela Luz: pasa de los cacharros de la cocina a las teclas de marfil como la cosa más natural del mundo. Puede ataviarse como una marquesa y conversar en perfecto francés con una *madame* de París, y puede vestir de ama de casa y hablar en gallego con los jor-

naleros mientras echa el maíz a las gallinas. Su sonrisa y su mirada hacen que sientas paz. El abuelo dice que eso se debe a que ha sufrido mucho. En las marcadas líneas de su frente han quedado esculpidos los dolores. Sus padres casi la desheredaron por casarse con el abuelo, hijo de un salazonero de la Isla de Arosa con fama de republicano. Estuvieron años sin hablarle, pero cuando envejecieron fue ella la que los cuidó hasta el momento de la muerte. Perdió a su primer hijo, que solo tenía cuatro años. Mi tío mayor, José, fue el rebelde de la familia, hasta que ganó un poco de dinero. Parece que le gustó la experiencia, y entonces se dedicó a ganar cada vez más, de modo no siempre honrado, hasta que se convirtió en un ricachón. Para la abuela —estoy seguro—, sigue siendo una continua pesadumbre. Mi madre nunca se portó bien con ella, y mi padre fue un gran motivo de tristeza desde que rompió su matrimonio. Después, las enfermedades. Con cierta frecuencia, sufre neuralgia del trigémino, que le produce unos dolores punzantes tremendos en la cara, a pesar de los remedios del abuelo y de las intervenciones del Dr. Marescot⁴. Y, por último, yo. Reconozco que durante años he marcado más sus arrugas con el cincel de mi acidez. Gracias que Pacha y Carlos, el «duende Reidor» de la familia, siempre le dieron alegrías.

Me imagino lo que va a tocar y acierto. Es una canción italiana de los años cincuenta que le encanta y de la que solo sé dos versos: *Aprite le finestre al nuovo sole, è primavera, è primavera*⁵. «Abrid las ventanas al nuevo sol, es primavera, es primavera». Escucho, pero, sobre todo, miro a la abuela, porque vive la música como nadie, y su rostro se transforma con la melodía que parece salir de sus propias manos. Cuando termina, se gira y me dice:

—Miguel, si tú quisieras, la vida que te queda podría ser una primavera.

4 Enrique Marescot (1879-1962) fue un famoso médico pontevedrés que siguió la técnica del médico guipuzcoano Fernando Asuero para curar determinadas enfermedades, manipulando el nervio trigémino por medio de un estilete a través de la nariz.

5 Se trata de la canción con la que Franca Raimondi, una cantante que estuvo de moda en los años cincuenta, ganó el Festival de la canción italiana en 1956. Más adelante, aparece la letra completa.

Su sonrisa sincera, su mirada tierna, sus palabras cargadas de esperanza y la música que todavía reverbera en las paredes, contrastan horriblemente con el hastío y la tristeza que se han adueñado de mi alma desde hace meses.

—Mi vida, abuela, es un invierno.

Se acerca a mí y me da un abrazo.

—Pero eso podría cambiar, hijo. Eso podría cambiar si tú quisieras.

Me mira a los ojos con ternura y repite: «Si tú quisieras». Pero yo sé que, por mucho que quiera, mi vida nunca será una primavera. No existe el verano eterno en el que ella cree.

La dejo, salgo al patio, llamo a León y me voy a pasear o a perderme por los caminos, entre parras y maizales.

Por la tarde bajo a Cambados para saludar a Ricardo, un «amigo de los veranos». Durante los últimos años, he ido con él a todas las verbenas de todos los pueblos, siempre en su moto, una Honda CB 450 de color rojo, con la que estuvimos a punto de matarnos varias veces. Lo primero que hizo, después de comprarla, fue modificarle el tubo de escape para que metiera el mayor ruido posible. «Así todo el mundo se entera de que pasan los dos tíos más ligones de la ría de Arosa», decía entusiasmado. También tiene un Simca 1000 bastante destartado, que apenas utiliza. Trabaja de camarero en O Arco, uno de los bares más famosos de la villa. Canta muy bien y es un genio de la guitarra, pero no le gusta fardar de artista ni de nada.

Nos damos un abrazo y me invita a una tapa de pulpo. Lleva, como siempre, el pelo largo, lacio, grasiento y sin peinar. Ha engordado varios kilos y los botones del chaleco amenazan con salir disparados hacia mis ojos. Se extraña de que lleve la cabeza cubierta con una boina —la sigo llevando, a pesar de que ya me ha vuelto a crecer el pelo—, y me pregunta si es la nueva moda de los señoritos universitarios de Santiago.

Sonrío.

—Bueno, Miguel, este verano tenemos que arrasar —dice, mientras saca del bolsillo de la camisa la cajetilla de Celtas sin filtro y enciende un cigarro.

—No creo que pueda ser —le respondo.

—¿Por qué? —pregunta intrigado.

Si no fuera mi amigo le diría cualquier mentira y pasaría a otra cosa. Pero Ricardo se merece una respuesta sincera y sin prólogos.

—Porque tengo cáncer de páncreas. Me quedan tres meses de vida.

—Y yo tengo un yate —responde, a la vez que se come dos trozos de pulpo y ataca la taza de ribeiro. Está convencido de que quiero tomarle el pelo—. Venga, déjate de bromas, joder, que ya te conozco.

Le hago un resumen de todo lo que ha pasado en los últimos meses. Cuando al fin se convence de que es verdad y consigue cerrar la boca, que ha tenido abierta todo el rato, se rasca la cabeza y, como si hubiera dado con la gran solución para el problema, me mira fijamente a los ojos y dice:

—Pues entonces tienes que disfrutar todo el tiempo que te quede. Y lo mejor para disfrutar son las tías. Eso ya lo sabes.

No sé si reír o llorar.

—Ahora mismo —le confieso—, me importan un carajo las tías. Ni las tías ni nada.

Me levanto, le doy una palmada en la espalda y me voy. Se queda con cara de pasmado. Sale a la puerta del bar y me dice que vuelva por allí cuando quiera.

Mientras camino hacia mi casa, pienso que Ricardo sigue siendo el de siempre: un buen compañero de juergas, que toca muy bien la guitarra; un vividor al que le gusta comer, beber y ligar, pero que es incapaz de hacerse cargo de nada medianamente serio.

Después de merendar, voy hasta el cenador y me siento en uno de los sillones de mimbre. Contemplo la casa que siempre ha sido mi refugio: un mundo en el que no estaban mis padres ni sus amantes, ni los profesores, ni los compañeros de clase. Estaban mis abuelos, Lelucha, los jornaleros, el perro, las gallinas, las palomas, los viñedos, los duendes y los trasgos, y más allá la plenitud de los montes y los bosques, la playa y las líneas del mar. Y pienso que dentro de muy poco lo perderé todo. Tal vez tenga que pedir la voz a Rosalía para despedirme de los ríos y las fuentes, de los prados y arboledas, de los pinares que mueve el viento... Pero yo no dejaré la aldea que conozco por un mundo que no vi, ni dejaré amigos por extraños, ni la vega por el mar. Eso sería solo triste. Yo dejaré todo por la nada. Y eso es radicalmente trágico.